

E.R.S.

Aunque yo era muy pequeña por entonces, recuerdo perfectamente aquel suceso y el revuelo que causó en Marbella.

Había aparecido en un hidropedal color crema de los antiguos, de aquellos que rodeaban la Venus cuando, según contaba mi abuela, ésta esquiaba esplendorosa en el espigón de enfrente del Fuerte. Tenía un lateral prácticamente destrozado por el roce conjunto del tiempo y de las olas, pero el otro estaba milagrosamente intacto. En el frontal aún se podía leer un número medio borrado: el 7.

Según relataban los periódicos, el hombre estaba inconsciente cuando aquel viejo cacharro llegó a la orilla de la Playa del Cable. Vestido con una blazer azul de botones que en su día debieron ser dorados, todavía llevaba entreabierto la camisa de rayas, como si acabara de salir de una fiesta en cualquier Beach Club y se hubiera equivocado de yate. El pelo de su pecho era tan canoso como el poco que le quedaba en la cabeza, lacerada por una exposición demasiado prolongada al sol y al viento marino. A pesar de su elegante atuendo, iba descalzo y tenía las plantas llenas de llagas, seguramente de tantas horas pedaleando.

Aquel hombre no llevaba documentación alguna que permitiese identificarle, ni su descripción se ajustaba a la de ninguna persona desaparecida en ningún punto de la costa entre Almería y Gibraltar. Al publicarse su fotografía en los periódicos, ningún familiar ni amigo acudió a reclamarle. No solo su identidad era un misterio. Toda su historia lo era.

Estuvo quince días entre la vida y la muerte por el deterioro físico provocado por la hipotermia, el sol y la inanición. Cuando despertó, su misterio no hizo más que agrandarse. No solo no se acordaba de su nombre ni de lo que le había pasado, sino que todo a su alrededor le resultaba ajeno: no conocía los termómetros digitales ni los aparatos de escáner y técnicas ya superadas como la laparoscopia o instrumentos como el bisturí eléctrico le parecían de ciencia ficción.

Su increíble historia se convirtió en una suerte de novela por entregas en Marbella y en toda Andalucía. Cada semana, los diarios se hacían eco de nuevos datos no sobre lo que recordaba aquel hombre sino sobre lo que parecía no conocer. Datos que no hacían sino aumentar nuestro asombro y nuestra curiosidad.

Cuando le subieron a planta, se supo que aquel hombre, al que todo Marbella había bautizado (con la guasa habitual de los marbelleros) “el hombre del pedal”, no sabía que existían los teléfonos móviles y ni siquiera comprendió bien a qué se referían cuando le hablaron de internet.

Las teorías se dispararon, algunas con cierta lógica y otras completamente disparatadas. Según alguna web seudocientífica, aquel hombre había sufrido una regresión temporal a algún período indeterminado de su juventud tras algún episodio desafortunado y su mente se había quedado allí, negando la realidad hasta el punto de no reconocer los cambios de la actualidad. Lo que no explicaba esta teoría era por qué aquel hombre había aparecido en un hidropedal de un modelo antiguo que era imposible encontrar en ninguna playa del país. Para esto parecían tener explicación otras teorías, que hablaban de alienígenas sin ningún rubor: tras ser abducido cuarenta años antes por extraterrestres para ser examinado, había sido devuelto cuando ya no era necesario junto con aquel extraño vehículo a pedales que también había sido diseccionado. Otros, en un intento de conseguir algún rédito electoral, hablaban de un cruel secuestro de la mafia, fruto de la inseguridad ciudadana que el gobierno municipal no había sido capaz de atajar.

Ajeno a la proliferación de teorías sobre lo sucedido y a la expectación que despertaba su caso, el hombre del pedal fue mejorando poco a poco en su habitación de hospital. Maravillado por los cambios ocurridos en el mundo mientras él estaba en aquel lugar ignoto, no parecía preocupado por su pasado ni siquiera por su futuro. Los días se le pasaban preguntando a médicos y enfermeras

sobre los políticos que gobernaban actualmente en el mundo, por cómo se utilizaba la televisión por cable, sobre la sonda espacial en Marte o el funcionamiento de Google Chrome.

La policía no consiguió ningún avance significativo en el caso. Aquel tipo de hidropedal había dejado de fabricarse casi 30 años antes. Las marcas que presentaba en uno de los laterales probaban que había estado en contacto con rocas marinas, algas y olas de cierto calibre, pero ahí acababan las pistas. La ropa del hombre del pedal tampoco arrojó muchas luces. Era un traje a medida hecho en una antigua sastrería de Ricardo Soriano, desaparecida hacía más de 20 años. El dueño, un señor de casi 90, tenía demencia senil y no pudo aportar nada. Tan solo unas iniciales bordadas en el bolsillo superior de la camisa, E.R.S., parecían querer decir algo.

Llegó el día en que E. estuvo definitivamente curado. En el hospital ya no podían hacerse cargo de él y, al no tener familia ni amigos ni conocidos, su futuro se presentaba bastante incierto. No tenía más de 60 años, una extraña historia detrás y ningún medio de ganarse la vida. Una asociación religiosa se ofreció a proporcionarle cobijo.

Coincidiendo con su salida del hospital y al no existir nuevos detalles que reavivaran el caso, la atención mediática se fue disipando, hasta que, poco a poco, la historia cayó en el olvido.

Doce años después, tuve que elegir tema para mi trabajo de fin de carrera, un reportaje de cuatro páginas. No sé muy bien por qué, pero me acordé de la historia de E. Empecé a investigar, pero no fue fácil dar con su pista. Tras salir del hospital, había estado dos años viviendo en las Alpujarras granadinas, en un caserón donde la asociación religiosa se ocupaba de la desintoxicación de toxicómanos y de acoger a personas en riesgo de exclusión social. Según me dijo el hermano Pedro, que se acordaba perfectamente de él, E. se adaptó bien a la vida en aquella comunidad pero echaba de menos el mar así que, según dijo a todos, volvió a Marbella.

En Marbella su rastro desaparecía. Pregunté a la policía, a la Delegación de Servicios Sociales, a varias asociaciones que ayudaban a colectivos en riesgo de exclusión...pero nadie pudo darme noticias de E.

Cuando estaba a punto de tirar la toalla, se me ocurrió interrogar al personal sanitario que le había atendido en el hospital. Tras preguntar a varias enfermeras, una de ellas me habló de un médico con el que E. se llevaba especialmente bien. Estaba jubilado, pero me dio su dirección y fui a verle.

Era un hombre severo pero amable. Me contó que aquel caso le había afectado profundamente, no solo desde el punto de vista médico sino también desde el humano. Cuando E. llegó al hospital, le vio tan desamparado que inmediatamente decidió acogerle bajo su tutela. Fue él quien le explicó ese mundo que no conocía, quien le enseñó el funcionamiento de internet, de la telefonía móvil, de los drones y de los nuevos movimientos ciudadanos surgidos en respuesta a los escándalos de corrupción de los viejos partidos políticos. Cuando se cansó de la comunidad religiosa, E. le llamó para pedirle consejo como siempre había hecho desde que apareció en el hospital. Y el médico le ayudó cediéndole una casita que tenía en el campo cerca de Estepona. Allí vivía desde entonces, rodeado de huertos y gallinas.

Con un nudo en la garganta, emprendí el camino a su casa, sin saber muy bien si iba a encontrar una leyenda o una desilusión. No iba preparada para lo que me encontré.

E. había envejecido muy bien. Con sus casi 75 años, era un hombre enjuto, de tez bronceada y sonrisa fácil. Pero lo que realmente llamaba la atención era su mirada. Una mirada comprensiva, ligeramente cansada y de una sabiduría infinita.

No me contó mucho, pero me permitió leer entre líneas mucho más. Tras su breve período en las Alpujarras, había vuelto a Marbella y, gracias a la generosidad del médico, había comenzado de cero en esa casita, donde, gracias al cultivo del huerto y a los excelentes huevos de sus gallinas, subsistía sin problemas. Allí había encontrado la paz necesaria para reflexionar sobre su historia. Tras mucho pensarlo, llegó a una conclusión que, si bien no explicaba nada de su travesía física, sí explicaba su periplo personal. Seguramente, en la época anterior a su percance era un capullo rico y de vida vacía, un especulador inmobiliario o puede que algo peor. El destino le había llevado

cuarenta años más allá, a una vida distinta y llena de posibilidades y él había optado por la más sencilla: volver a los orígenes.

Ahora cultivaba su huerto, hacía su propio pan, se movía en bicicleta y tenía muchos amigos, gente de toda la Costa del Sol que venían a consultarle sobre los temas más variados. Se había convertido en un hombre sabio.

Nunca escribí aquel reportaje. Pero la huella que E. dejó en mí aún perdura. Cada vez que contemplo mi amada Marbella, presa de tantas turbulencias, pienso en él y sonrío.

Marta Lima. Madrid

Segundo premio del II Concurso de Relatos de Marbella Activa

